

más tierna devoción á la Virgen, y se complace en ofrecerle las producciones de su talento.

*El Recreo poético religioso*, es una pequeña colección de poesías dedicada á las hermanas de Caridad. «¿Y cómo sería posible, les dice el autor, que yo os negase estos pocos versos que se me han pedido para vuestro inocente recreo? Justo es que en medio de vuestros cuidados é incesantes ocupaciones tengáis algún pequeño desahogo; pero aun éste dispuso vuestro fundador San Vicente de Paul que se espiritualizase, por decirlo así, alimentando el divino fuego de vuestros corazones con diversos cantarillos en alabanza de Dios y de sus santos. Para tan piadoso objeto he formado esta coleccioncita de miniatura, cuyas composiciones son todas de verso corto y de una sencillez parecida al bellissimo candor de vuestras almas.»

Para dar una idea del género y estilo de estas composiciones, trasladamos á continuación algunas muestras. Sea la primera la en que resuenan los tiernos gemidos de una niña, dirigidos á su madre, donde hay pasajes de una delicadeza admirable.

### EL ALMA DEL PURGATORIO.

Así con fléviles voces  
Desde el purgatorio grita  
Un ánima sin consuelo  
A su madre olvidadiza:  
¡Ay madre, madre adorada,  
Dulce amor del alma mía!  
¿Tan presto me has olvidado  
Y me abandonas cautiva?  
¡Cautiva estoy en la cárcel  
Del purgatorio sombría,  
Pidiéndote me socorras

En tan horrenda desdicha!  
Un torbellino de fuego  
Furiosamente me agita,  
El tormento es mi vestido,  
Es el llanto mi bebida.  
Empero el dolor más vivo  
Es carecer de la vista  
De aquel Dios de mis amores  
Que ejerce en mí su justicia.  
Este mi Esposo divino  
Por mi libertad suspira,  
Mas el romper las cadenas  
Es cargo que á tí confía.  
Él en tus manos ha puesto  
La salvación de tu hija.  
¿Y así tú me desamparas  
Ni mis dolores alivias?  
¿Y dónde están las promesas  
Que de no olvidarme hacías,  
Cuando en mi lecho de muerte  
Llorándome dolorida,  
Con el ardor de tus besos  
Mi tez pálida encendías  
Dándome en ellos el alma  
En la acerba despedida?  
Entonces cuando á mis ojos  
Para siempre el mundo huía,  
De su fuga me burlaba  
Con apacible sonrisa,  
Pues nunca me enamoraron  
Sus mentirosas delicias;  
Y en aquella feliz hora  
A mi inocencia tranquila  
Fué el morir un dulce sueño,  
Que en el seno yo adormida  
De mi celestial Esposo,  
Gozaba de sus caricias.

¡Ay de mí, sólo el dejarte,  
Érame, madre querida,  
Una espada irresistible  
Que el corazón me partía!  
Reclinada yo en tus brazos,  
Mi ya lánguida pupila  
Afanosa aun te buscaba  
Cuando el alma ya salía.  
En tu semblante lloroso  
En tí sólo estaba fija,  
Cuando se apagó por siempre  
Su centella fugitiva.  
Para tí, madre adorada,  
Fué toda mi breve vida,  
Para tí mi último aliento  
Y el afán de mi agonía.

Exhalé el alma y al punto  
Hizo á la Deidad propicia  
Cubriéndome con su manto  
La excelsa Virgen María.  
¡Eternamente en mis labios,  
Oh Providencia divina,  
Resonará tu alabanza,  
Porque en flor aun no marchita,  
Me cogiste para el cielo  
Sentenciándome benigna  
A este fuego purgativo  
Que á los justos purifica!

Ya mi cándida inocencia  
El cielo coronaría,  
Mas por tí, querida madre,  
No me he visto toda limpia.  
¡Por tu culpa he descendido  
A esta prisión encendida;  
Que aunque leve y diminuta  
No entraen el cielo mancilla!  
¡Tu ejemplo, tú eres la causa

De que prisionera gima!  
Y pudiendo tú librarme  
¿Ni mis tormentos mitigas?  
¡No rezas por mi descanso  
Ni un Padre nuestro! ¿Tan fría  
Eres con la que te amaba  
Más, mucho más que á su vida?  
¿No salí de tus entrañas?  
¿No soy parte de tí misma?  
¿No fué el néctar de tus pechos,  
Madre, mi primer bebida?  
En mi niñez inocente  
Ya graciosa, ya festiva,  
¿No fuí tu dulce embeleso?  
Yo era toda tu alegría,  
Para templar tus pesares  
Los ojos á mí volvías,  
Y al lanzarme yo en tus brazos  
Ahuyentábanse tus cuitas.  
Tú me amabas tiernamente:  
Yo en tu amor me enloquecía.  
¿Y dónde tu amor es ido?  
¿Qué se han hecho tus caricias?  
¿No eres tú la que llorabas  
Si por pisar una espina  
Alguna gota de sangre  
Mi tierna planta vertía?  
¿No eres tú la que en mi auxilio  
Volabas despavorida  
Si en algún leve fracaso  
Te llamaba asustadiza?  
¿No eres tú la que velabas  
Un mes y otro noches frías  
Arrullándome amorosa  
Cuando calentura tibia  
Que lenta me devorara  
En la angustia te sumía?

¿Y ahora indolente me dejas  
Abrasarme en llama viva?  
¿O tu pecho se ha mudado  
Y no eres ya compasiva?  
En suponerte tal cosa  
Grave injuria se te haría!  
¡Nó, madre, no te has mudado!  
¡Tú siempre serás la misma!  
Sí, lo dice la ternura  
Con que á mis hermanas cuidas,  
El cariño que las tienes,  
El amor con que las mimas.  
Bien merecen tus desvelos  
Mis amables hermanitas.  
¿Mas yo infeliz he dejado,  
He dejado de ser tu hija?  
Ellas, cual yo, no padecen  
Y gozan de tus caricias.  
¡Ay de mí! ¡qué desconsuelo!  
¡Sólo esta triste cautiva  
No merece una mirada  
De tus ojos, madre mía!  
No yo así contigo. El cielo  
Sabe con qué ansia tan viva  
Con incesantes suspiros  
Ruego á Dios que te bendiga.  
Y el fuego con que te amaba  
En la tierra peregrina,  
Ha crecido en esta cárcel  
Que á compasión no te excita.  
¡Ay cuántas veces, ay cuántas  
Al verme tan dolorida  
Mi ángel custodio volaba,  
Por si á piedad te movía,  
A contarte mis dolores  
Cuando estabas más dormida,  
Y desechabas los sueños

Que mis penas te decían,  
Juzgándolos sombras vanas  
Porque te eran aflictivas  
Teniéndolas por abortos  
De alterada fantasía!  
Cuando á esta prisión de fuego  
Me vi súbita caída,  
Esperé que sin demora  
Tú de aquí me sacarías  
Exhalándote en plegarias  
Tan tiernas, tan encendidas  
Al Dios de misericordia  
Como las que yo le hacía  
Pidiéndole por su muerte  
Y sus amantes heridas  
Que te consolara, oh madre,  
¿Te acuerdas? en mi agonía.  
Esperaba en tu cariño.....  
¡Ay esperanza perdida!  
¡Desengaño y nó esperanza!  
¡Ilusión fué concebirla!  
¡Ay de mí desventurada!  
¡Oye, madre, madre mía,  
Este clamor de gemido  
Que el desamparo me inspira!  
Yo olvido, yo te perdono  
Esa indolente apatía,  
Mas penetre en tus entrañas  
El eco de mi desdicha,  
Y finalmente se muevan  
A socorrerme con misas.  
No te exijo que empuñando  
Una gruesa disciplina  
Te ensangrientes las espaldas  
Por abrirme al cielo vía.  
Sólo pido que te acuerdes  
De las penas de tu hijita

Y por mi alivio á los pobres  
Dés alguna limosnilla  
De los frutos y las rentas  
De aquella envidiada finca  
Que mi papá me dejara  
Y en mi muerte te hizo rica.  
Acuérdate que hace un lustro  
Que no me das la comida.  
(¡Otro tanto hace que gimo  
En esa mazmorra umbría!)  
Acuérdate que hace un lustro  
Que por mí no te fatigas  
Y que todos tus desvelos  
Se llevan mis hermanitas.  
Haz también, te lo suplico,  
Que ellas por su hermana pidan,  
Que rueguen por mí á la Virgen,  
Que oye con gusto á las niñas.  
¡Ay, tal vez ya no se acuerdan  
Que la cuna les mecía  
Y sus llantos acallaba  
Como que era mayorcital  
Yo desde aquí me desvivo  
Por su salud, por su dicha,  
Porque no pierdan el lustre  
De su inocencia nativa;  
Por ellas son mis suspiros,  
Mis plegarias repetidas,  
Y por tí, madre adorada,  
Por tí con santa porfía,  
A Dios pido que en su cielo  
Te dé su gloria divina.  
Te la dará, dulce madre,  
Pues como á esposa afligida  
No puede negarme nada  
Su ternura compasiva,  
Nada de cuanto le pido

Para mi cara familia,  
Mientras nada obtener puedo  
Que sea para mí misma.  
?Qué solaz, qué suave encanto  
No es pensar que en mi desdicha  
Te soy mil veces más útil  
Que cuando feliz vivía?  
Si hubiese Dios dilatado  
De mi existencia los días,  
¡Ay! tal vez no pocos de ellos  
Te hubieran sido de acíbar.  
¡Ah! ¡quién sabe si un esposo  
Ingrato me tocaría,  
Que con amargos disgustos  
Te envenenara la vida,  
Y á fuerza de sinsabores  
Te abriera la tumba impía!  
Yo en un mundo de inconstancia,  
De ingratitud y perfidia  
Y seductores engaños,  
¡Ay! tal vez olvidaría  
La obligación de quererte.  
Y aunque en tu amor derretida  
Constante fuera en ser tuya,  
¿De cuánto te serviría  
Contra el enojo del cielo  
Una mujer desvalida...?  
Mas ahora en el purgatorio  
Aunque víctima y cautiva,  
Tengo á mi Dios por esposo,  
Y es mío cuanto le pida,  
Su riqueza y poderío,  
Su inmensa sabiduría,  
Su inmensa misericordia,  
Su providencia infinita.  
Todo con mi Dios lo puedo  
Y para tí, madre mía,

Todo para tí lo pido,  
Aunque insensible me olvidas.  
¿Y no han de ablandarse nunca  
Y corresponderme finas  
Esas entrañas de madre  
En que yo fui concebida?

*Los niños*, es también otra poesía de un género sumamente sencillo y delicado: el corazón del poeta se exhala en ternísimos versos, como la flor de la mañana en suavísimos aromas.

### LOS NIÑOS.

El amor entrañable  
Que tienes á los niños,  
Aunque no lo dijeras,  
Se conoce, Dios mio.  
¿De dónde ha de venirles  
Sino de tí el hechizo  
Con que del mundo entero  
Se roban el cariño?  
Derramas en sus frentes  
El prodigioso río  
De tu gracia divina  
En el santo bautismo.  
Les envías un ángel  
Que es un primer amigo  
Para que haga las veces  
De tu amor infinito.  
Y el hombre más adusto  
Sonríese festivo  
Y respira dulzura  
Cuando se acerca á un niño.  
Nadie me lo ha contado  
Pues mil veces lo he visto

Sin ir lejos: la prueba  
La tengo yo en mí mismo.  
Señor, ¿por qué negarlo?  
Soy seco y desabrido,  
Tanto que á muchas gentes  
Con mi insulsez fastidio.  
¡Sin embargo en mi pecho  
Cuánto amor á los niños  
Encendiste y fomentas  
Con tu sopro divino!  
No hay en el mundo nada  
Tan amable y tan lindo,  
Tan gracioso y tan dulce  
Como un tierno niño.  
Por eso nos pintaban  
En los tiempos antiguos  
Al amor los poetas  
En figura de niño.  
Y á los ángeles ponen  
Aun hoy por eso mismo  
Pintores y poetas  
En forma de unos niños.  
Y á ellos mismos les damos  
El nombre de angelitos;  
Lo son por la inocencia  
De que los has vestido.  
Ni la mujer conoce  
El que abriga escondido  
Tesoro de ternura  
Hasta que tiene un niño:  
Entonces se descubre  
En el gran regocijo  
Que le causa la vista  
De su recién nacido;  
Los dolores del parto  
Y su mortal peligro,  
Entonces los bendice

Y los echa en olvido :  
Tú, Señor, tú le has dado  
Ese anhelo tan vivo  
De consagrarse entera  
Al bienestar del niño.  
Tú haces hervir su pecho  
En néctar exquisito,  
Que dulcemente fluya  
A la boca del niño:  
Néctar del todo ajeno  
Al humano artificio  
Que vivifica y nutre  
Y acalla el ay del niño.  
El grande Sacramento  
Que santo al amor hizo  
Lo instituiste sabio  
Para bien de los niños.  
¡Ellos son la corona  
De los esposos finos!  
¡Ellos el dulce blanco  
De sus tiernos suspiros!  
¡Ay! los tristes casados  
Que carecen de niños  
Sienten dentro del alma  
Un inmenso vacío.  
¡Ay! si teme la esposa  
El furor del marido,  
¡Cuánto, cuánto le duele  
El no tener un niño!  
¡Ay! ve que otras dichosas  
El varonil rugido  
Acallan, colocando  
Entre los dos al niño!  
Hasta la misma muerte  
Se envidia al infantilto,  
Pues volar á tu seno  
Es la muerte del niño.

¡Oh Dios, si yo pudiera  
Por medio de un prodigio  
Aunque es cosa inaudita  
Volverme otra vez niño!  
Mas lo que yo no puedo  
Tú lo hiciste, Dios mio,  
Por robarnos el alma  
Con las gracias de niño.  
¿Dónde hay mayor delicia  
Que verte pequeñito  
En brazos de tu Madre,  
Oh gracioso Dios niño?

Posteriormente ha publicado el Sr. de Berriozabal varias composiciones sueltas en prosa y en verso, todas de poca extensión, y relativas á objetos religiosos. Después de haber tributado al distinguido escritor los elogios merecidos, justo es que nos detengamos un momento en examinar, si la dirección que ha dado últimamente á sus talentos poéticos es la más acertada para llenar las esperanzas que en sus primeros años hiciera concebir. Desde luego conveniremos en que jamás se emplea mejor la poesía, jamás versa sobre objetos más propios, que cuando se ocupa en asuntos de religión. La poesía, así como la música y la pintura, nació en los templos, y para los templos debe reservar sus acentos más bellos y sublimes. Así es que aplaudimos que el Sr. de Berriozabal dedique su talento poético y su extremada facilidad de versificar á los asuntos de religión y piedad, desafiando con santa osadía la sonrisa del incrédulo. Sin embargo, opinamos que sin dejar de ocuparse en tan dignos objetos, antes al contrario, al mismo tiempo que se ocupase en ellos, podría hacer en el género y estilo de sus trabajos algunas modificaciones, con las que tal vez con más rapidez y derechura, podría llegar al mismo fin que se propone, que es: contribuir al triunfo de la religión, y á la propagación del espíritu de piedad.

Por un conjunto de causas que sería inoportuno enumerar, hay en este siglo un hecho que se podrá calificar de distintas maneras, pero que es imposible desconocer; hablamos de cierta tibieza, de cierta indiferencia, de cierto sabor filosófico, que se encuentra aun en muchas personas que profesan sinceramente las creencias religiosas. La atmósfera en que vivimos nos contagia de tal suerte, que se pegan sin advertirlo muchos de los males de que ella está impregnada; y así es que al mismo tiempo que ciertos hombres rechazan la impiedad, y no quieren de ninguna manera abandonar la fe de sus padres, son sin embargo tan flacos cuando se trata de hacer frente á la incredulidad, que ni aun se atreven á manifestar su fe, sino revisiéndola con el manto de las convicciones filosóficas. Esto ha producido, que las discusiones religiosas no sean aceptables á muchas personas, si no llevan un carácter eminentemente filosófico, y que ponga á las buenas doctrinas al abrigo de los tiros de la impiedad, suministrando armas para que la filosofía pueda á su vez ser rechazada con otra filosofía. Esto será un mal tan grave como se quiera, pero es un hecho positivo, evidente, palpable, y del que conviene no desentenderse, cuando se escribe en defensa de la religión.

Claro es que si tal sucede en las graves discusiones religiosas, mucho más se habrá de verificar en la literatura; la cual dirigiéndose en buena parte á la fantasía y al corazón, puede prescindir mucho menos de la disposición en que se hallan así aquella como éste, por la influencia del espíritu del siglo. Dejamos aparte las obras que sean propiamente de piedad, en las que es preciso andar con sumo tiento aun cuando se trate de las innovaciones más pequeñas; pues que éstas no se comprenden comunmente bajo el nombre de *literarias*, ya que pertenecen á un orden superior, y merecen dictados más graves y augustos. Pero las obras que sean propiamente de literatura religiosa, no alcanzarán en este siglo mucha nombradía, ni podrán ejercer grande influencia en los espíritus, si no lle-

van ese barniz filosófico de que hemos hablado; si el escritor no muestra á menudo que conoce y siente profundamente el siglo en que vive. Ese conocimiento y ese sentimiento sean en hora buena para reprobador y condenar, pero es preciso que existan, es necesario que resalten en todas las páginas de la obra; su ausencia es un vacío que con nada se llena. No basta expresar convicciones profundas, no basta derramar en abundancia los afectos; es necesario que esas convicciones se presenten de tal suerte que se deje conocer que en su formación ó conservación se han tenido presentes las doctrinas del siglo; es indispensable que esos afectos no procedan de un corazón aislado, por tierno, por delicado que sea; sino que salgan de un corazón que aun cuando se mantenga íntegro y puro, deje entrever que se ha conservado así, á pesar de haber sufrido el sople disolvente de la época.

Desearíamos pues que el Sr. de Berriozabal, sin disminuir en nada su piadoso fervor y tierno ascetismo, aprovechase las bellas cualidades de su talento poético, dedicándose á trabajar en el sentido indicado, é imprimiendo á sus composiciones un sello filosófico, que se hermanase con la pureza de la doctrina y la santidad de los afectos; quisiéramos que sus composiciones no sirviesen tan sólo de pábulo á la devoción de las almas piadosas, sino que el tibio, el incrédulo, el indiferente, encontrasen en ellas, pensamientos fuertes que excitasen vivamente su atención y los convidasen á meditar; afectos enérgicos, que sacudiendo hondamente su corazón, hiciesen resonar á sus oídos el zumbido de una eternidad que viene, en pos de un tiempo que pasa; quisiéramos que al encontrarse los hombres sin fe, con un escritor que la tiene tan viva, los hombres sin amor ni esperanza, con quien canta tan hermosamente los consuelos y dulzuras de un alma que espera y ama, sintiesen que el poeta al fijar sus miradas en el cielo no se olvida de las miserias de la tierra, que las conoce, que participa de ellas, que las compadece vivamente, que al despedirse para unas regiones de paz y

bienandanza, dice un tierno adiós á los desgraciados que ciegos de orgullo, ó enflaquecidos por otras pasiones, continúan arrastrándose por este suelo de infortunio, esperando con insensata indiferencia la formidable hora en que un Dios indignado venga á pedirles cuenta de haber vivido largos años, sin cuidarse de conocer su origen, de haber mirado cual se avanzaba hacia ellos la muerte, sin preguntar lo que habia más allá del sepulcro.

Y no cabe decir que cada escritor tiene su talento particular, y que es inútil y aun dañoso el empeño de dislocarle: el Sr. de Berriozabal no carece de las dotes necesarias para emprender la carrera que le hemos indicado; que de ellas no puede carecer quien ha traducido tan magníficamente algunas de las poesías de Lamartine; quien sabe imitar tan atinadamente el lenguaje de todas las ideas y sentimientos; quien sabe encontrar palabras, para el *Angel* al apartarse del *Globo* destruido, para la *Soledad*, para la *Desesperación*, para *Lord Byron*.

Nos hemos atrevido á dirigir al Sr. de Berriozabal esta amistosa excitación, no precisamente por atender á su gloria literaria, sino porque consideramos que con el mal sesgo que va tomando la literatura, con las infinitas traducciones de que se inunda la España, urge sobremanera que los amigos de la religión y de la moral salgan al palenque con armas bien templadas, y procuren atajar el daño que se está haciendo á las creencias de la nación, y la brecha que se está abriendo á las costumbres. Aquí se puede aplicar muy bien aquello de que la miés es mucha, y los operarios son pocos; y ciertamente que el Sr. de Berriozabal con su gusto severo y acrisolado, su instrucción vasta y variada, su castellano puro y castizo, su estilo correcto, su versificación hermosa y fácil, su corazón delicado, y su fantasía galana y brillante, sería uno de los que aventajadamente pudieran contribuir á una obra en que se interesa la religión, se interesa la patria, se interesa la gloria literaria del país, si hemos de ser algo más que miserables imitadores de los extranjeros, si no hemos

de contentarnos con prostituir la dignidad y majestuosa gracia de nuestra lengua, cubriendo con sus galas los monstruosos engendros que nos vienen de allende el Pirineo.—*J. B.*

## SOBRE LA REVISTA

### DE LOS INTERESES MATERIALES Y MORALES

DEL SR. D. RAMÓN DE LA SAGRA.

#### ARTÍCULO 2.º

En el artículo titulado *Del principio de la soberanía nacional*, pinta el Sr. de la Sagra con negros colores los funestos resultados de la ruina del principio de la autoridad. Convieniendo con el mencionado escritor en que las doctrinas disolventes proclamadas en los tres últimos siglos, han acarreado á la sociedad males de la mayor trascendencia y le están preparando otros quizás más terribles, parécenos sin embargo que hay cierta exageración en algunas pinceladas, y que mirada la humanidad desde la altura en que se coloca el escritor, cae éste en alguna inexactitud, atribuyéndole sistemas que está muy lejos de haber abrazado.

Nada más especioso á primera vista que el modo con que desenvuelve la teoría de las mayorías, pintándola como cosa de origen moderno, debida únicamente á la ruina del principio de la autoridad, y aceptada por los pueblos como única tabla para salvarse del naufragio; pero en la realidad, ¿se han verificado las cosas tales como las describe el Sr. de la Sagra? ¿la humanidad aun considerada en su parte más progresiva, está sometida á la formidable ley señalada por el citado escritor? Nosotros, bien